

En esta universidad,
 Donde la sabia Minerva
 Hoy tiene el sagrado culto
 De que está celosa Atenas,
 Desde la puericia dócil
 A la ardiente adolescencia
 Hice de mi sacrificio
 A la diosa de las letras.
 Era en mi casa el segundo,
 Y aunque amante de las ciencias,
 Mucho más me provocaba
 La milicia que la Iglesia.
 Partime á Italia, ambicioso
 De las glorias de la guerra;
 Y al monstro en ciencias, Merlin,
 Por mi dicha encontré en ella:
 Aquel, que segun publican,
 O verdades ó consejos,
 Lo concibió de un demonio
 Una engañada doncella;
 Que esto puede hacer un ángel
 Si á vaso femineo lleva
 El sémen viril que pierden
 Los que con Venus se sueñan...
 —Mas sigan esta cuestion
 Los que siguen las escuelas;
 Que á mí no me toca ahora
 Probar sus naturalezas.—
 Merlin, *el hijo del diablo*,
 Su apellido comun era;
 Yo he pensado que por ser
 Más que humano á todas ciencias.
 Yo, soldado, aun no olvidado
 De mi inclinacion primera,
 Con dádivas y con ruegos
 Gané en su pecho las puertas.
 Enseñóme los efectos
 Y cursos de las estrellas;
 Que el entendimiento humano
 Hasta los cielos penetra.
 Las quirománticas líneas
 Con que en la mano á cualquiera
 De su vida los sucesos
 Escribe naturaleza.
 Supe la fisonomia,
 Muda voz que habla por señas,
 Pues por las del rostro dice
 La inclinacion más secreta.
 Sutiles entropelias
 Con que las manos se adiestran,
 Y á la vista más aguda
 Engaña su ligereza.
 De números y medidas
 Las demostraciones ciertas
 Por matemática supe,
 Y supe por aritmética.
 Estudié en cosmografía
 El sitio, la diferencia,
 Longitud y latitud
 De los mares y las tierras.
 Y por remate de todo,
 La arte mágica me enseña,
 De cuyo efeto las causas
 No alcanza la humana ciencia,
 Pues con caracteres vanos
 Y con palabras ligeras
 Obra prodigios, que admira
 La misma naturaleza.
 En esto, de que murió
 Mi hermano mayor las nuevas
 Fuéron causa que de Italia
 Diese á Castilla la vuelta.
 Fuime á vivir á la corte;
 Que parecen bien en ella
 Las cabezas de las casas
 A acompañar su cabeza.
 La partera fama allí
 Ha dicho que hay una cueva
 Encantada en Salamanca,
 Que mil prodigios encierra;
 Que una cabeza de bronce
 Sobre una cátedra puesta,

La mágica sobrehumana
 En humana voz enseña;
 Que entran algunos á oírlo;
 Pero que de siete que entran,
 Los seis vuelven á salir,
 Y el uno dentro se queda.
 Yo, desta ciencia curioso,
 Incitado destas nuevas,
 Supe de la cueva el sitio,
 Y partime solo á verla.
 La cueva está en esta casa,
 Si no mintieron las señas;
 Pero que verdad dijeron,
 Muestra el hallaros en ella;
 Porque, si no es por encanto,
 Imposible es que cupieran
 Dos hombres que son tan grandes,
 En casa que es tan pequeña.
 DON DIEGO.
 Gran don Enrique, jamas
 Para hazaña tan honesta
 A príncipe destes tiempos
 Vi calzarse las espuelas,
 Trocar las fiestas y gustos
 Al trabajo de las letras,
 Y el encanto cortésano
 Por una encantada cueva:
 Accion de príncipe héroeico,
 Accion en efeto vuestra,
 Que sois quien del Gran Maestro
 El valor y sangre hereda.
 MARQUÉS.
 Para quien viene á saber,
 Larga digresion es esa.
 DON DIEGO.
 Oid de la cueva, Enrique,
 La relacion verdadera.
 Retórica la fama, de figura
 Alegórica usando, significa
 La verdad de la cueva en la pintura.
 Esta que veis, obscura casa, chica,
 Cueva llamó, porque su luz el cielo
 Por la puerta no más le comunica,
 Y porque una pared el mismo suelo
 Le hace á las espaldas con la cueva
 Que á la iglesia mayor levanta el vuelo.
 Y la cabeza de metal, que puesta
 En la cátedra, da en lenguaje nuestro
 A la duda mayor clara respuesta,
 Es Enrico, un frances, que el nombre
 [vuestro,
 El mismo divagar, los mismos casos,
 Y el que tuvistes vos, tuvo maestro.
 De Merlin como vos, siguió los pasos,
 Y al fin, pródigo aqui de su riqueza,
 De magia informa juveniles vasos;
 Y porque excede á la naturaleza
 Frágil del hombre su saber inmenso,
 Se dice que es de bronce su cabeza.
 De siete que entran, que uno pague el
 censo,
 Los pocos que, de muchos estudiantes,
 La ciencia alcanzan, declararnos pien-
 so.
 La faldá ocupan muchos caminantes
 Al apolíneo monte, y pocos besan
 Las aras en la cumbre relumbrantes.
 Enrico está en escuelas; que no cesan
 En casi edad caduca sus intentos
 De seguir el estudio que profesan.
 En ellas oye humildes rudimentos
 De las ciencias que ignora; y da en su
 casa,
 De las que sabe, claros documentos.
 En viéndolo, veréis que ha sido escasa
 La fama en metafóricos pregones,
 Pues la verdad sus limites traspasa.
 Dichosa España, que de dos varones,
 Goza en un tiempo tales! Dos Enricos
 Serán de hoy más sus célebres blaso-
 nes.

Mas no convienen coronistas chicos
 A grandes cosas y hechos inmortales;
 Déjolo á estilos de caudal mas ricos;
 Y porque ya sepais los desiguales
 Casos, que á choza tal nos han traído,
 Oid en breve suma largos males.
 En cierta resistencia habemos sido
 Culpados: muertos hubo, y mas de nue-
 Acompañé el Corregidor herido. [ve
 Tocó á rebato, y la irritada plebe
 En tal número crece, que al espeso
 Granizo imita, que del cielo llueve.
 Fuerza fué retirarnos: yo confieso
 Que me faltó el aliento, y ya sería
 Resistir, no valor, mas poco seso.
 Con alas gran caterva nos seguía:
 Aquí entré perseguido; y con encanto,
 De sus ojos Enrico nos desvia.
 Quedámonos aqui, porque entre tanto
 Con sus artes el viejo nos defiende,
 Que nos da libertad el cielo santo.
 Mas ¡ay! que allá dejamos una prenda.
 Don Garcia Giron, vuestro pariente, [da,
 Que al valor de ese pecho se encomien-
 Preso quedó en la lucha, y duramente
 Lo tienen en la pública aherrojado,
 Sin darle cárcel, á quien es, decente.
 Dicese que á la corte han enviado
 Por un pesquisidor; yo á que lo impidan
 Por la posta á mis deudos un criado.
 Pero los cielos, que jamas olvidan
 Un pecho de desdichas oprimido,
 En vos con el remedio nos convidan,
 Pues á tal ocasion os han traído.
 MARQUÉS.
 Don Diego, la explicacion
 De la cueva que he buscado,
 Extraño gusto me ha dado,
 Y puesto en obligacion:
 Mas corrido me confieso
 De ver que esté don Garcia
 Giron, de la sangre mía,
 En cárcel pública preso.
 A un criado de mi casa
 Debiera el Corregidor
 Hacer diferente honor:
 Ardiente furia me abrasa.
 Rabiando está el alma mía,
 Amigos, ya, por vengar
 Tan injusto agravio, y dar
 Libertad á don Garcia.
 Quedáos adios.
 DON DIEGO.
 A él suplico
 Que vida inmortal os dé.
 MARQUÉS.
 Luego á veros volveré
 Y á gozar del sabio Enrico. (Vase.)
 DON DIEGO.
 ¿Qué decis?
 DON JUAN.
 Que ya no dudo
 De tener fin venturoso;
 Que medio más poderoso
 Darnos la suerte no pudo.
 A mi esposa es bien que escriba
 Destas nuevas un papel. (Vase.)
 DON DIEGO.
 Bien es que en mal tan cruel
 Este consuelo recibá.
 Salen DOÑA CLARA, con manto,
 y LUCÍA.
 DOÑA CLARA.
 Querido dueño mio...
 DON DIEGO.
 Bien de mi pensamiento, [tento
 ¿Qué exceso, qué milagro, qué por-
 Estoy viendo? ¿Es verdad ó desvario?

Un pequeño rincón, triste y sombrío,
 Cielo ya venturoso
 Es del sol mas hermoso.
 Que el que por inventor del claro día
 Tiranizó la humana idolatria?
 DOÑA CLARA.
 ¡Ay, mi bien! ¿Qué te espantas?
 Tus excesos me obligan á este exceso.
 DON DIEGO. [tas,
 ¡Oh feliz yo, que entre desdichas tan-
 Más que amoroso conseguí travesío!
 DOÑA CLARA.
 Como escribiste que esta noche irias
 A verme, dueño mio,
 Temi tus desventuras y las mias:
 Y así, por evitar tu desvario
 Y mirar por tu vida, me he arrojado
 A exceder de la esfera de mi estado.
 ¿Qué desdichas son estas, qué locuras?
 ¿Tú me tienes amor? Si amor tuvieras,
 Tu inclinacion indómita oprimieras,
 Porque á mis penas duras
 No diesen ocasion tus travesuras.
 DON DIEGO.
 No te aflijas, mi bien; que pues te veo,
 Nada queda que espere mi deseo.
 DOÑA CLARA.
 ¡Tú, señor, retraído!
 ¡Don Diego de Guzman en una cueva
 Tan humilde escondido!
 DON DIEGO.
 No ya humilde la llames, pues ha sido
 Oriente celestial de luz tan nueva.
 DOÑA CLARA.
 En riesgo tan cruel, ¿qué determinas?
 En lance tan estrecho,
 ¿Qué medios imaginas?
 Mira si pueden dar en tu provecho
 Sangre mis venas, corazon mi pecho.
 DON DIEGO.
 Solo tu sentimiento,
 Señora, es el que siento;
 Lo demas todo es nada.
 DOÑA CLARA.
 ¿Todo es nada, don Diego, [go,
 Cuando el lugar se abraza en vivo fue-
 Cuando el Corregidor, de una estocada
 Venganza pide, ciego?
 Cuando tres escribanos
 Del rigor se lamentan de tus manos,
 Y el Alguacil mayor, por una herida,
 Al cielo da las quejas y la vida?
 DON DIEGO.
 Pues ¿qué es eso?
 DOÑA CLARA.
 ¿Qué es eso?
 Harás que pierda el seso.
 DON DIEGO.
 ¿Ves esa resistencia,
 Esas heridas ves, ves esas muertes,
 Ves esas quejas y contrarios fuertes,
 Heridas y alborotos?
 DOÑA CLARA.
 Ya los veo.
 DON DIEGO.
 Pues mucho más me aflige mi deseo.
 La vida has ofrecido
 A remediar mis males;
 Para estos, más mortales,
 Méenos, mi bien, te pido.
 DOÑA CLARA.
 ¿Qué bien las cosas mides!
 Méenos me pides, y el honor me pides?
 ¿Sin la mano querias
 Gozar las prendas mias?

DON DIEGO.
 Si á tu bien, dulce dueño, condujese
 Que yo tu esposo fuese,
 Yo ¿qué más bien queria?
 Mas ¡ay, señora mía!
 Si miro en tu belleza
 Opuesta la fortuna
 A la naturaleza,
 Si es la necesidad más importuna, [za,
 Cuanto es más la hermosura y la noble-
 Y yo soy por igual pobre y honrado,
 ¿Cómo seré tu esposo,
 Para verme, mi bien, más obligado
 Y méenos poderoso?
 DOÑA CLARA.
 No estás enamorado;
 Que el niño amor no alcanza
 Tanta razon de estado.
 Para burlar, ingrato, mi esperanza
 ¿Hallas tantas razones?
 ¡Oh, qué poco te ciegan tus pasiones!
 DON DIEGO.
 Tú sí que á tu honor miras:
 Mientes si dices que de amor suspiras.
 ¿En qué deuda me pones,
 Si en reciproco trato de himeneo
 La ejecucion me vendes del deseo?
 Véte, falsa, y no digas que me quieres;
 Que no es amor, amor interesado.
 Ya estoy desengañado;
 Que solo en lo que ahora te he pedido,
 Probar tu amor mi pensamiento ha si-
 Que no verlo, enemiga, ejecutado [do;
 Sin ser esposo tuyo:
 Y pues probé tu falsedad, concluyo
 Con que de aqui adelante
 Ni quiero ser tu esposo ni tu amante.
 DOÑA CLARA.
 Quédate, falso, tú; que pues arguyo
 Tu engaño de tu prueba cautelosa,
 No quiero ser tu amante ni tu esposa.
 (Vanse.)
 ACTO SEGUNDO.
 Sale ZAMUDIO por una puerta con unas
 alforjas, y por otra DON DIEGO, en
 cuerpo, con espada, de color.
 ZAMUDIO.
 Yo sea muy bien venido.
 DON DIEGO.
 Ya te estaba deseando:
 ¿Cómo vienes?
 ZAMUDIO.
 Vengo andando.
 DON DIEGO.
 ¿Qué has hecho?
 ZAMUDIO.
 Lo que he podido.
 DON DIEGO.
 Humor traes.
 ZAMUDIO.
 Esta alforja
 Toda la probanza tiene
 De lo que he hecho; que viene
 De cartas hasta la gorja.
 Y porque quién te escribío
 Sepas en término breve,
 Ningun príncipe te debe
 La carta que recibío.
 DON DIEGO.
 Al fin, al fin, caballeros.

ZAMUDIO.
 Todos los señores vi:
 Cualquier cosa harán por tí,
 Aunque toques en dineros.
 Cartas de favor dará
 Cualquier dellos á montones;
 Que como renunciaciones
 Las firman á resmas ya.
 La grandeza y el valor,
 La cortesía y nobleza,
 La humanidad y largueza
 Vive en ellos. Mas, señor,
 ¿Qué traje es ese?
 DON DIEGO.
 El estado
 Lo requiere en que me veo.
 ¿Qué hay de Madrid? que deseo
 Saber lo que te ha pasado.
 ZAMUDIO.
 Allí ví á tu doña Flor,
 Vuelta en plato.
 DON DIEGO.
 ¿En plato?
 ZAMUDIO.
 Si;
 Que en la comedia la ví
 Puesta en un aparador.
 Pero no sola esta ingrata
 El aparador tenia;
 Que muchos platos habia,
 Y los más eran de plata.
 Miraba yo desde el banco
 En los platos relumbrantes
 De almendra y pasa los ántes,
 Los postres de manjar blanco.
 Tal fiesta allí se celebra,
 Que halla cualquier convidado
 Platos de carne y pescado,
 Como en viernes de Ginebra.
 Al salir se han de servir
 Los platos de la vianda,
 Que al entrar son de demanda,
 Y de vianda al salir.
 Vieras, mirando á estos platos,
 Mil mancebitos hambrientos,
 Cual suelen mirar atentos
 Carne colgada los gatos.
 Ellas no pueden sufrillo,
 Y por pagarlo, tambien
 De cuantos abajo ven,
 Están haciendo patilló.
 Su capítulo primero
 Es si uno regala ó no:
 Segundo, si regaló;
 Si regalará, el tercero;
 Y con tal gusto y espacio
 Siguen materia tan mala,
 Que en regala ó no regala
 Gastan todo el cartapacio.
 Mas ¿cómo con lo que á tí
 Te ha sucedido estos dias,
 No me atajas?
 DON DIEGO.
 Divertias,
 Zamudio, mi pena así.
 ZAMUDIO.
 ¿Cómo va de sentimiento
 Con doña Clara? ¿Porfia
 En su tema?
 DON DIEGO.
 Todavía
 Apellida casamiento.
 Si al de Ayamonte heredara,
 No estuviera mal casado;
 Que don Pedro Maldonado,
 Padre de la hermosa Clara,
 De los caballeros es
 De blasonés más felices.

ZAMUDIO.
Misas de salud le dices:
Inmortal será el Marqués.
En gran confusión te veo.

DON DIEGO.
Pues ya una traza fabrico
Con un encanto de Enrico
Para lograr mi deseo,
Y venga lo que viniere.

ZAMUDIO.
¿Y eso sin casarte?

DON DIEGO.
Sí.

ZAMUDIO.
Pues, señor, ¡cuerpo de mí!
Todo lo pierde el que muere.
Con razón te determinas:
Come, si hambriento te ves,
Y mas que salga despues
A poder de melecinas.
¡En eso me viera!

DON DIEGO.
¿En qué?

ZAMUDIO.
En hablar cómo Lucía
Dé fin á la pena mia,
Sin que la mano le dé;
Que, vive Dios, que no hubiera
En el mundo inconveniente
Ni imposible tan valiente,
Que por vencer no venciera.

DON DIEGO.
Imitasme de ese modo,
Pues en no casarte das.

ZAMUDIO.
Señor, si á la corte vas,
Lo aborrecerás del todo.

DON DIEGO.
Aquí se quede el amor;
Que en su encanto divertido,
De preguntarte me olvido
Si viene el Pesquisidor.

ZAMUDIO.
Ni ha sido nuevo ni injusto;
Que en el juvenil cuidado,
¿Cuándo el consejo de estado
Fué primero que el del gusto?

DON DIEGO.
De lo importante tratemos.

ZAMUDIO.
Hablaron al Presidente
Cuál tu amigo y cuál pariente,
Mas Pesquisidor tenemos.

DON DIEGO.
¿Qué me dices?

ZAMUDIO.
Que no es hombre
El Presidente de ruegos:
Vence á romanos y griegos,
De recto y sabio, en el nombre.

DON DIEGO.
¿Y viene ya?

ZAMUDIO.
Atras quedó;
Muy presto aquí lo tendrás.

DON DIEGO.
¿Qué buena nueva me das!

ZAMUDIO.
¿Y mondo nisperos yo?
A ti y al Pesquisidor
Traigo cartas por mitad:
Para ti, las de amistad,

Para él, las de favor.
Pero dime: ¿qué se ha hecho
Don Juan?

DON DIEGO.
Por ser, como ves,
Esta cueva para tres
Aposento tan estrecho,
Y por estar de su casa
Cerca la iglesia mayor,
Retraido allí, mejor
Estos infortunios pasa.

ZAMUDIO.
Bien hace.

DON DIEGO.
Quiero leer...
—Mas los dos Enricos son
Los que vienen.

Salen EL MARQUÉS, y ENRICO, con
manteo, y sotana y bonete.

ENRICO.
La opinion
A verme os pudo traer;
Pero la verdad no puede
Deteneros.

MARQUÉS.
¿Qué humildad!
Bien sé yo que la verdad,
Enrico, á la fama excede.—
¿Don Diego!

DON DIEGO.
Señor, si da
En honrar con su presencia
Esta casa vucelencia,
Claro palacio la hará.
Y yo con visitas tales,
No solo no sentiré,
Mas ántes celebraré
Por venturosos mis males.

MARQUÉS.
En una carta lei
De las que á Lucilio escribe
El gran Séneca, que vive
El sabio dentro de sí.
Al cayado y la corona
En la choza y el palacio
Le sobra todo el espacio
Que no ocupa su persona.
Y así ni miro en grandeza
Ni en pequeñez de lugar,
Porque está con respirar
Contenta naturaleza;
Y yo esta cueva sombría
Prefiero al palacio rico,
Pues aquí de vos y Enrico
Se goza la compañía.
¿Qué hay de negocios?

DON DIEGO.
Señor,
La feliz nueva me dad
Si ha dado ya libertad
Al preso el Corregidor.

MARQUÉS.
Hasta aquí no lo han dejado
Los médicos visitar;
Que importa así, por estar
De la herida desangrado.
En estando bien dispuesto,
Lo visitaré.

DON DIEGO.
Conviene
La diligencia; que viene
El Pesquisidor muy presto.

MARQUÉS.
¿Quién el mensajero ha sido
Desa nueva?

DON DIEGO.
Este criado.
Que hoy de la corte ha llegado.

ENRICO.
Zamudio, ¿que ya has venido?

ZAMUDIO.
Sí, señor, y no creeria
Sin verlo, que preguntara
Una cosa que es tan clara
Quien sabe nigromancia.

DON DIEGO.
Calla, bachiller.

ZAMUDIO.
En artes
Por Salamanca lo soy.

MARQUÉS.
Segun lo que viendo estoy,
Lo serás por todas partes.

ZAMUDIO.
Los bachilleres aquí
En todas partes lo son;
Que es desta escuela exencion.

MARQUÉS.
No se perderá por tí.

DON DIEGO.
Perdonad, por vida mia,
A este grosero hablador;
Que nunca á los de su humor
Obligó la cortesía.

ZAMUDIO.
Si ántes que á la corte fuera,
De bufon me motejaras,
Sin duda que me obligaras
A que un desatino hiciera.

MARQUÉS.
¿Qué te obliga á reparar,
Despues que á la corte has ido?

ZAMUDIO.
Estar allá muy valido
Todo medio de agradar:
La lisonja y el gracejo
En las nubes; necesidad
El desengaño y verdad,
La fineza y buen consejo.

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que reviente.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decia:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con precepto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal precepto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

MARQUÉS.
¿Y fué el caso?

ZAMUDIO.
Nacer yo.

MAMÓLA!
DON DIEGO.
¿Qué grosería!

MARQUÉS.
Pagaréisla por mi fe.

DON DIEGO.
Véte á descansar.

ZAMUDIO.
Si haré;

MARQUÉS.
Mas será, viendo á Lucía.

MARQUÉS.
¡Buenos nos dejás!

ZAMUDIO.
Señores,
Contra estudiante gorrón
Salmantino socarrón,
Non prestant incantadores.

ENRICO.
Presto lo veréis.

ZAMUDIO.
¡Lucía!

Sale LUCIA, con manto y una canastilla
cubierta y una bota.

LUCIA.
Zamudio.

DON DIEGO.
Mucho me holgara
Que este arrogante probara
Si vale nigromancia
Contra gorrón salmantino.

MARQUÉS.
Una burla le he de hacer,
Bien graciosa.

ENRICO.
Para ver
La que yo hacerle imagino,
Os retirad á esta parte.

DON DIEGO.
Pues juntos de magia veo
Los dos Apolos, deseo
Veros ejercer el arte.
(Vanse los tres.)

ZAMUDIO.
¿Tanto ha podido la ausencia!

LUCIA.
Tanto la ausencia ha podido,
Que en mi corazon ha hecho
Lo que no tantos servicios.
La memoria sin cesar
Luchando estaba conmigo,
Representando tus hechos
Y refiriendo tus dichos.
Al fin hoy, cuando pasaste
Por mi calle de camino,
Te estaba enviando el alma
A la corte mil suspiros;
Mas en viéndote, en achaque
De ir á jabonar al río,
Para merendar los dos
Previne este canastillo.
Vén, porque á orillas del Tórmes
Haga los peñascos frios,
De mi firmeza y mi gusto
Mudos y eternos testigos.

ZAMUDIO.
Vamos, mi bien, entre tanto

Que á la ausencia sacrificio,
Por lo que alcanzo por ella,
Lo que en ella he padecido.
Haréla estatua de barro,
Pues no puedo de oro fino;
Colgaré un gorrón de cera
En su templo, agradecido;
Que si un rey á las cebollas
Altars y templos ricos,
Porque con ellas sanó
De unas cuartanas, les hizo;
Más lo merece la ausencia,
Pues que por ella mitigo
Las fiebres de mi deseo,
Y de tu desden los frios.

LUCIA.
A Tórmes hemos llegado
Sin sentir.

ZAMUDIO.
Forzoso ha sido;
Que con buena compañía
No se sienten los caminos.

(Póngase un canal de dos peñas: la una
que sirve de escotillon al tablado: en
esta se sienta Lucía; la otra, vara y
cuarta en alto, sobre la cual está for-
mada una peña de lienzo, hueca, y en
ella está escondido un leon. Descubre
Lucía el canastillo, en cuya boca ha
de estar una tablilla de su tamaño, con
pan, fruta y tocino fingido, y en di-
ciendo Zamudio blasphemasti, etc.,
tórna la á cubrir Lucía con el lienzo,
y tira de un cordelillo que ha de te-
ner la tablilla secreto, con que se vuel-
ve; y queda hácia arriba carbon, que
ha de estar fingido: asienta la canas-
tilla, y toma Zamudio la bota; y al te-
vantarla para beber, se la toman de
dentro de la peña.)

LUCIA.
Debajo deste peñasco,
Para estar mas escondidos,
A merendar nos sentemos.

ZAMUDIO.
¡Oh peñasco, paraíso
Donde estos postreros padres
Tendrán los primeros hijos!

LUCIA.
Fruta de Toro te traigo,
Pan de flor, pernil cocido.
Empieza á comer, Zamudio.

ZAMUDIO.
Blasphemasti contra el vino;
Que fuera de que el lugar
Primero le es tan debido,
El fuego ha de estar debajo,
Segun buenos aforismos,
Para hacer el cocimiento.

LUCIA.
Dices bien.

ZAMUDIO.
¿Qué hubiera sido
De nosotros, á no haber
Tantos moros y judíos?

LUCIA.
¿Por qué?

ZAMUDIO.
Porque si en el mundo
Todos comieran tocino
Y bebieran vino todos,
¿Quién alcanzara un pellizco?
A la salud de los dos
Encantadores Enricos:
¿Así no puedan vengarse
De mis muecas, sus hechizos!—
¿Qué es esto? ¿Qué es de la bota?

Yo ¿qué sé?
 Tú la has cogido.
 Búscala.
 ¡Válgame Dios!
 ¿Hála tragado este risco?
 Las peñas suelen dar agua;
 Mas no suelen beber vino.
 Pues los dos estamos solos.—
 Ya que la bota he perdido,
 Al pan y tocino apelo.
(Descubre el canastillo, y parece el carbon.)
 Mas ¿qué es esto? ¡Vive Cristo,
 Que cuanto estaba en la cesta
 En carbon se ha convertido!
 ¿Es esto encanto, Zamudio?
 Los mágicos imagino
 Que andan por aquí.—Lucía,
 No tengas miedo, bien mío;
 Que al menos en las personas
 No tiene fuerza el hechizo.
 Goce yo tus dulces brazos;
 Que del encanto me rio.
(Va á abrazar á Lucía y hídese, y cae el leon en su lugar y abrázalo, y vase el leon.)
 ¡Válgame san Anastasio,
 San Panucio, san Francisco,
 San Hernando, san Gonzalo,
 San Baltasar, san Cirilo!
 ¡Válganme las letanias!
 Salen DON DIEGO, EL MARQUÉS,
 Y ENRICO.
 Tente, Zamudio: ¿qué has visto?
 ¡Guarda el leon!
 ¿Qué leon?
 Extremada burla ha sido.
 ¿Adónde estoy?
 En mi cueva.
 ¿No estaba agora en el rio?
 Non præstant incantatores
 Contra gorrón salmantino.
 No imaginé que serian
 Los magos tan vengativos.
 Pescar la merienda, vaya,
 Y vaya ausentar el vino;
 Mas hacer brindis al gusto
 Para deleites lascivos,
 Y al tiempo de cierra España,
 En su punto el apetito,
 Convertir una mujer
 En leon, y cuando embisto
 A tocar manos y labios,
 Topar garras y colmillos;
 ¡Vive Dios, que fué mal hecho!
 Y el inhumano que hizo
 Tal metamorfosis, fué,

No burlon, sino enemigo,
 Y para desagraviarme
 Lo reto y lo desafío.
 Tente; que yo quiero hacer
 Estas paces con Enrico:
 Y porque salga el remedio
 De donde el daño ha salido,
 Pues por hechizo perdiste
 Tu dama, por un hechizo
 Que he de enseñarte, la harás
 Que ciegue amor sus sentidos.
 ¿Ha de haber otro leon?
 Eso ¿es miedo?
 Tendrá miedo á los encantos;
 Que yo creó en Jesucristo.
 Por la fe de caballero,
 De cumplirte lo que digo,
 Si tienes ánimo tú.
 Poco sabes de Cupido.
 Más animoso seré
 Que el ingenio más divino
 Que se atreve á hacer comedias,
 Despues que se usan los silbos.
 Pues oye lo que has de hacer.
 Hoy da capital castigo
 La justicia á un delincuente,
 Y sus miembros divididos,
 Para público escarmiento
 Han de ocupar los caminos.
 Pues como de su cabeza
 Quités dos dientes tú mismo,
 Verás rendida tu ingrata.
 Dientes tiene el artificio,
 Porque me puede agarrar
 La justicia en el camino,
 Y ponerme donde sirvan
 Mis dientes á otros hechizos.
 En eso yo te aseguro.
 Yo no.
 Necio, el marqués de Villena?
 ¿Es algun joyel de vidrio
 La vida, para arrojarla
 A tan notorio peligro?
 Seguro vas, con que lleves
 En el indice este anillo,
 Por la fe de caballero.
 Agora sí te acredito;
 Que aunque tan poca se ve
 En los nobles destos siglos,
 Es porque toda á la casa
 De Giron se ha retraido.
 ¿Qué burla hacerle podeis,
 Tras lo que habeis prometido?
 ¿Veis todo lo que he jurado?
 Pues todo pienso cumplirlo,

Y conseguir mi intencion.
 Porque lo que yo le he dicho
 Es que irá seguro, y tiene
 Esa virtud el anillo;
 Y que si quita dos dientes
 El mismo al cadáver frio,
 Verá rendida su ingrata.
 Yo cumpliré lo que digo,
 Si él los quita.
 Pierda el necio,
 Escarmentado, los brios.
 Solo despreció las ciencias
 Quien no las ha conocido.
(Vase.)
 Sale UN VERDUGO con un varal, y en la punta del una cabeza: mete el varal, que ha de ser de dos varas, en un agujero en medio del teatro, y vase: ZAMUDIO sale tras él.
 Verdugo de Barrabas,
 ¿Dónde piensas dar conmigo?
 Ya de mi intento el castigo
 En el cansancio me das.
 La cabeza desdichada,
 De su cuerpo dividida,
 Despues de perder la vida,
 ¿Adónde va desterrada?
 ¡Gracias á Dios, que te plugo
 Parar! que ya yo temia
 Que por encanto me huía
 La cabeza y el verdugo.
 Mas no: su palabra ha dado
 El Marqués, y cumplirá
 Como caballero.—Y ya
 Sus verdades he tocado,
 Pues que sin ser conocido,
 Ni aun visto, seguramente
 Por medio de tanta gente
 La ciudad he discurrido.
 Demonios son, vive Dios,
 Los magos: yo lo confieso,
 Y si no me falta el seso,
 No mas burlas con los dos.
 ¡Ay, fregona, en qué me pones!
 ¿Mas quién sino tú podía
 Ser la Venus, mi Lucía,
 Deste Adónis de gorrónes?
 Solo estoy ya.—Camarada,
 Dos dientes me habeis de dar,
 Pues á mi me han de importar,
 Y á vos no os sirven de nada.
 Abrid la boca.
(El varal de la cabeza es barrenado hasta la boca; por debajo del teatro pondrán la boca en el barrenado, de manera que salga la voz por la cabeza.)
 Zamudio!
 ¡Cielo! ¿Qué es esto?
 ¡Ay, Zamudio, en qué te has puesto
 ¿No habló la cabeza? Si
 Húmedo estoy de temor.
 Hechiceras animosas,
 ¿Quién os da para estas cosas,
 Siendo mujeres, valor?
 No en balde Enrico me dijo:
 «Si tienes ánimo tú...»
 Del arte de Bercebú
 Los efetos me predijó.
 Sin duda que es encantada

La cabeza. Puede ser;
 Mas á mi, ¿qué me han de hacer
 Todos los hechizos? Nada.
 Quéjese, si se quejare
 Por arte de encantamento;
 Que yo he de seguir mi intento,
 Y tope donde topare.
 Mas ¿qué sirve presumir
 De valiente, en ocasiones
 Tan fuertes, que los calzones
 No me han de dejar mentir?
 Animo; que lo peor
 Es tener miedo á estas cosas;
 Que á no ser dificultosas,
 ¿Qué hazaña hiciera el valor?
(Por el barrenado del varal va un hilo de pólvora hasta la boca de la cabeza, donde está un cohete: danle fuego al hilo por debajo del teatro, y en ardiendo, tiran del varal, y hídese debajo del teatro él y la cabeza.)
 ¿No lo dije yo? ¡Ay de mí!
 Señora cabeza, digo
 Que de todo me desdigo,
 Y como un cuero menti.
 Salen DOÑA CLARA, rompiendo un papel, y LUCIA.
 Ya te he mandado, Lucía,
 Mil veces, que no me mates,
 Ni des recados, ni trates
 De cosas de don García.
 Como preso está, pensé
 Que algo en el papel trataba,
 Que á su negocio importaba.
 ¿Buena excusa por mi fe!
 ¿Hácese boba? Pues sabe
 Que el que una vez malo ha sido,
 Siempre por malo es tenido
 Y para que esto se acabe,
 De mi despedida estás
 Desde el momento, Lucía,
 Que trates de don García.
 Señora, no lo haré mas.
 ¿Un hombre que es tan amigo
 De don Diego, me pretende!
 El de don Diego no entiende
 Que trata amores contigo.
 ¡Qué reñidos se apartaron,
 Y qué fácil conformaron
 Otra vez las voluntades!
 ¿Es ya tarde?
 ¿Quieres acostarte?
 Desnuda... Pienso que oí
 Un silbo.
 Estos silbos son
 De Zamudio.
 ¿Está mi padre acostado?

Jugando está embelesado,
 Los ojos en el tablero,
 Toda la imaginacion
 En un lance de ajedrez.
 Mire la dama esta vez,
 Que se le arrima un peon.
 Abre á Zamudio.
 O saldrás al corredor?
 Que entre Zamudio es mejor,
 Porque llamarme podrá
 Mi padre, y no será bien
 Que me halle fuera de aquí.
 Bien dices.
 Tales excesos se ven.
 Por tí la honesta doncella
 Aventura su opinion,
 Y el más prudente varon
 Vida y honor atropella.
 El lince te sigue, ciego;
 Desnudo á Marte sujetas,
 Hieren al sol tus saetas,
 Y vence al suyo tu fuego.
 Sale LUCIA, y ZAMUDIO, disfrazado con una nariz postiza.
 Entrá quedo, y otra vez
 Me abraza, y di cómo vienes
 De la corte?—¿Qué tienes?
 ¿Qué es esto, justo juez?
 Vuelva la piedra á su centro.
 Todo te desconocí.
 El frances me puso así,
 Por si á la justicia encuentro;
 Que al disfrazarme, juró,
 Con un encanto que hacia,
 Que no me conoceria
 La madre que me parió.
 ¿Zamudio!
 ¿Vienes bueno?
 Mil cosas, de donde vengo,
 Que contar, no para agora.
 Si hay lugar, manda á Lucía
 Que pase del corredor
 Un cajon, que mi señor
 Con este papel te envia.
 Gusto esa nueva me ha dado.
 Jugando mi padre está:
 Pasar sin riesgo podrá;
 Sordo está de embelesado.

Que se pase un año entero
 Un viejo, absorto en los lances,
 Cantando antiguos romances,
 A la orilla de un tablero,
 Diciendo con mucha lema:
 «Jaque, y tome mi consejo:
 A huir; que viene Vallejo,
 Tenga, mire que se quema?»
 ¿Pues qué, si da en señalar
 Con el dedo el ajedrez?
 Pienso que á muerte otra vez
 Condena al rey Baltasar.
 Poned el cajon aquí.
 Quedo, no lo hagais pedazos.
 Ni son de acero mis brazos,
 Ni él de pñuma, ¡pese á mi!
 Id con Dios.
 Nunca yo dos veces pago.
 ¿Cuerpo de Dios! ¿Concerté
 Subir escaleras yo?
 De balde las he subido:
 Cuando me dé lo que pido,
 ¿Írase al infierno?
 Hablad más bajo, y tomad.
 Id con Dios: salga Lucía
 Con él.—Nunca yo querría
 Por ninguna cantidad
 Con gente baja rüido.
 No es justo que un bellacon
 Salga así con su intencion.
 Siempre al fin queda vencido
 El que pide del que da.
 Vete adios, Zamudio amigo;
 Que es tarde.
 ¿Vaste?
 No sufrirá mi camilla
 Ancas, Zamudio; que es corta.
 Que no las sufra, ¿qué importa,
 Si tengo de ir en la silla?
 Sin casamiento, no admito
 En mi cama convidado.